

La violencia en Colombia: De las auroras de sangre a los juegos del olvido

Harold Ballesteros
Universidad Autónoma del Caribe
Colombia

Resumen: En este trabajo se trata de dar cuenta de cómo la historia de la violencia en Colombia ha sido abordada desde una estrategia aislante, lo cual ha impedido aproximarse a una lectura científica de las premisas que la sustentan. En consecuencia, a partir de este trabajo, se pretende develar una multiplicidad de conexiones discursivas que conlleven a acercarse a una cabal interpretación del fenómeno, oponiendo a dicha estrategia aislante una estrategia que va de la semiótica vinculante a la semiótica crítica como alternativa apropiada para tal propósito. Por otra parte, se pretende dar cuenta de la intencionalidad de los guerreros de dar fin a una confrontación violenta inmersa en una táctica de guerra prolongada con más de 60 años de existencia.

Palabras clave: violencia, Estado, paramilitares, masacres, desplazamiento, semiótica

1. Introducción

Colombia es, en el concierto latinoamericano, uno de los países con mayor historial de violencia. Sus antecedentes se remontan, como titularía uno de sus libros el escritor Williams Ospina, a las *Auroras de sangre*, pasando por las guerras de independencia y luego las luchas intestinas por asumir el control del poder encarnado en los puestos que dejaban los recién idos de regreso a la “madre patria”, más la ausencia de un proyecto de nación que a la postre terminaría desembocando en una de las guerras más cruentas: la famosa Guerra de los mil días la cual que produjo alrededor de 100.000 víctimas. Guido Piccoli ilustra al respecto:

“Entre 1848 y 1849 los conservadores y liberales se constituyeron en partido, e inmediatamente se declararon enemigos y comenzaron a matarse entre sí. Desde entonces, también en el siglo XIX, además de dos guerras con Ecuador, se libraron en Colombia ocho guerras civiles de ámbito nacional y 14 regionales, además de estallar innumerables revueltas. Una carnicería ininterrumpida, realizada, paradójicamente, en nombre o a cuenta de dos partidos semejantes por su nacimiento y convertidos con el tiempo uno en copia del otro” (Piccoli, 2004: 42)

En adelante, lo que da continuidad a esta historia de violencia se toma todo el siglo XX con picos altos en su decurso: la imposibilidad de concluirse el segundo mandato de López Pumarejo, 1944; el asesinato del caudillo liberal, Jorge Eliecer Gaitán, en 1948, y la consecuente escalada de violencia como producto de dicho magnicidio. El irresoluto problema de la tierra, inserto en la estructura profunda de todo el conflicto colombiano, la imposibilidad del estado de ponerse a la altura de la modernidad y cumplir con los principios fundantes de la sociedad liberal y la exacerbación del enfrentamiento entre los dos partidos, condujeron a una salida de emergencia a la cual denominaron Frente Nacional, un pacto político de las élites que, finalmente, acabaría por profundizar las grietas entre todos los poderes: la indiscutible caída de los pobres a la miseria, el aislamiento social, el empobrecimiento del campo y, como corolario, el desplazamiento forzado y el desmedido crecimiento sin planeación de las principales ciudades del país. De la fratricida lucha entre los partidos políticos: liberal y conservador y su tregua artificial, el Frente Nacional, se pasó al surgimiento de bandas insurgentes: “bandoleros”, “pájaros”, “chulavitas”, al servicio de gamonales y gobiernos municipales y, posteriormente, una fuerte resistencia campesina que desembocó en la aparición de grupos guerrilleros que tenían como motivación la toma del poder por la vía armada y, como epílogo pánico, los años 80 vieron surgir la más sangrienta máquina de guerra de que se haya tenido noticia en los anales de la historia del país: las Autodefensas Unidas de Colombia, grupos paramilitares conniventes con el estado colombiano, provenientes del narcotráfico y de sus luchas intestinas, advenidos bajo el mesiánico ropaje de “salvar la patria” del dominio rural que ejercían las fuerzas insurgentes. Su estrategia consistente en cortar los nexos a la guerrilla en los centros urbanos y escarmentar a la población civil con el estilo de llevar a cabo las ejecuciones a los supuestos auxiliadores, no produjo “charcos de sangre sino ríos de sangre” (González, 9/6/ 2014), como ordenara un alto general de la República, Mario Montoya, según versiones de un subalterno de alto rango.

El fenómeno paramilitar, entre los años 80 y la alborada del siglo XXI, aparte de los miles de muertos, también produjo uno de los mayores desplazamientos de campesinos a la ciudad, generando de paso toda clase de problemas, en tanto nuestras ciudades carecen de planificación con perspectiva de futuro, máxime si de recibir huéspedes inesperados se trata, pues no poseen, además, una real administración del paisaje urbano. La cifra gira alrededor de los 6 millones de campesinos en condición de desplazamiento (Semana, 2014/6/11) y a quienes arrancaron abruptamente de sus tierras y hoy deambulan por las ciudades colombianas como muertos en vacaciones.

Todo lo anteriormente expuesto devela una verdad de Perogrullo: la historia de Colombia se ha construido sobre los cimientos de decenas de atípicas guerras civiles nacionales y regionales, una estela de muertos y millones de desplazados. Sin embargo, la historia rosa de Colombia ha tratado cada acontecimiento como hechos aislados, sin conexión de unos con otros y los ha tratado como anécdotas o colocado en el plano del relato ficcional. Negando sus nudos sémicos y, por ende, su cadena de interrelación isotópica.

2. La historia como juego del poder

La historia de la violencia en Colombia, posterior a la Guerra de Independencia, ha sido estudiada desde dos orillas totalmente opuestas. La una ha tomado los grandes y más vistosos sucesos con el objeto de construir el espectáculo con hechos aislados que se reproducen en su interior, bajo

el presupuesto de la inmanencia; desvirtuando la acción del sujeto y el objeto convertido en dato: un muerto importante, un caudillo reconocido por los sectores populares, tal vez odiado por las élites del poder, pero susceptible de ser formalizado por las mismas élites e instalado en el imaginario colectivo y puesto por fuera de la historia, lo cual nos ubica bajo los postulados de una estrategia aislante:

...que no solo logra encontrar en el texto su objeto merced a su desubjetivación sino que además, después de reificar la dinámica signica al igualarla con la cosa material donde aquella se inscribe, decide, como a priori metodológico borrar de su campo focal otros segmentos de realidad relevantes, lo constituido por las otras materialidades ligadas al texto y por los productores y receptores de signos (González de Ávila, 2002:20).

La estrategia aislante utilizada por los historiadores oficiales para darnos a conocer lo que se podría llamar: la historia “rosa” de Colombia, solo le faltó comenzar como en los cuentos de hadas: había una vez en un lejano país.....O hace ya mucho tiempo, verbigracia el famoso episodio del Florero de Llorente, el cual, según estos, dio origen, por sí mismo, al denominado grito de independencia:

Poco antes de las doce del día, como estaba previsto, se presentaron los criollos ante Llorente y después de hablarle del anunciado banquete a Villavicencio, se le pidió prestado la pieza para adornar la mesa. Llorente se negó, pero su negativa no fue dada en términos despectivos o groseros. Se limitó a explicar diciendo que la había prestado varias veces y ésta se estaba maltratando y por lo tanto, perdiendo su valor.

Entonces intervino Caldas, quien pasó por frente del almacén y saludó a Llorente, lo que permitió a don Antonio Morales, como estaba acordado, tomar la iniciativa y formular duras críticas hacia Llorente. Morales y sus compañeros comenzaron entonces a gritar que el comerciante español había respondido con palabras contra Villavicencio y los americanos, afirmación que Llorente negó categóricamente.

Mientras tanto los principales conjurados se dispersaron por la plaza gritando: ¡Están insultando a los americanos! ¡Queremos Junta! ¡Viva el Cabildo! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Mueran los bonapartistas! La ira se tomó el sentir del pueblo” (Colombiaprende, 2014).

Como puede observarse, no se alude a un proceso de años que acarreó consigo levantamientos populares, rebeliones de esclavos contra los hacendados e incluso procesos libertarios con finales felices como la rebelión de los esclavos de la provincia de Bolívar y la consolidación de palenques en los Montes de María, entre ellos el del palenque de San Basilio. Como anécdota, se alude la invasión bonapartista a España y la caída de Fernando VII; para nada la revolución francesa, solo la literalidad de *Los Derechos del Hombre*. Muy lejos se estuvo de entender la complejidad del momento histórico, las intencionalidades y las cargas ideológicas de los sujetos intervinientes.

Otra de las referencias indiciales de uno de los momentos jerárquicamente más emblemáticos de la violencia del siglo XX, en Colombia, lo constituye el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, en el año de 1948, justamente en el momento en que a la capital del país, Bogotá, había acudido lo más granado de la juventud latinoamericana. La mayoría de ellos fueron, años después, adalides de los procesos democráticos en cada uno de sus países, incluso, algunos asumieron funciones presidenciales.

El 9 de abril de 1948, en el mismo día en que inició sus sesiones la IX Conferencia Panamericana en Bogotá, se produjo el asesinato del líder populista a manos de un sicario, provocando lo que pasó a la historia como el “Bogotazo”. Las masas enardecidas carentes de una dirección política se lanzaron a las calles de la capital y demás poblaciones en protesta, destrozando edificios públicos y comerciales. La Policía se rebeló y distribuyó armas entre la población. Aunque los líderes liberales llamaron a través de la radio al pueblo a iniciar la revolución contra el gobierno conservador, no pudieron ejercer ningún tipo de control y la situación devino en un movimiento desordenado que pudo ser controlado a viva fuerza por el Ejército.

El culpable o autores intelectuales del magnicidio nunca aparecieron, pero la opinión pública desde el primer momento señaló a los sectores extremistas que rodeaban a Laureano Gómez, quienes temerosos de una victoria electoral de Gaitán recurrieron cobardemente a contratar a un criminal para que lo asesinara. Ospina Pérez llamó a los liberales “moderados” a integrar su gabinete y organizó una comisión investigadora de los hechos, la cual tiempo después llegó a la conclusión --ante el desencanto y la falta de crédito, de la generalidad-- de que el pistolero Juan Roa Sierra, un desempleado de filiación conservadora había actuado por cuenta propia” (Casanova, 2008).

Un hombre, Jorge Eliecer Gaitán, miembro del partido Liberal y aspirante a la presidencia de la República y Roa, un asesino seguidor del partido Conservador, que actuó por “cuenta propia”. Según los áulicos oficiales, el aspirante a la presidencia era un populista peligroso para el futuro del país y la democracia; el asesino, un ciudadano obsesivo que decidió hacerles un favor a los dirigentes conservadores a motus propio y a quien, de acuerdo con la prensa capitalina, la turba enardecida mató arrastrándolo por las calles de Bogotá. Lo cierto es que “Con el pasar de los años se abrió paso, por el contrario, la opinión de que el homicidio de Gaitán hubiera sido el primer complot organizado por la Central Intelligence Agency (CIA), con la intención de detener el avance del comunismo” (Piccoli, 2004:57). Y para la mayoría de los colombianos representaba la muerte de la esperanza. La confirmación de que en este país era imposible el surgimiento de una voz que no fuera la de los representantes oficiales de los dos partidos tradicionales.

Desde ese lejano 9 de abril hasta la actualidad, las investigaciones no arrojaron ningún resultado que diera con la ubicación de los determinadores del crimen, sin embargo, los múltiples discursos que atravesaban el país de entonces, podría aproximarnos a una verdad posible. En el ámbito nacional, un país que exacerbaba sus estructuras centralistas como estrategia de dominación y concentraba el poder en su capital, Bogotá; una periferia absolutamente rural y sin acceso al poder central en materia de desarrollo, lo cual ya tenía antecedentes nefastos como la escisión de Panamá y el odio de los ciudadanos de la provincia colombiana, fundamentalmente la Caribeña contra los capitalinos, lo que, de contera, generó la incubación de una clase política rapaz que aprovechó dicho sentimiento para afincarse, entrar en la finca, y erigirse como capataces surgidos de las entrañas de Macondo en los dominios de la *Mamá grande*; y la iglesia católica haciendo parte del manejo, no solo de las almas sino también de las políticas públicas, pues su poder se extendía desde la iglesia, pasaba por el capitolio y llegaba hasta la propiedad de una porción importante de las tierras. La Constitución del 86, por ejemplo, partía diciendo: En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad...” y, en consecuencia, cada vez que un ciudadano llegaba a la presidencia

de la República juraba ante Dios y ante la patria e inmediatamente, luego de ser investido con la banda presidencial, le entregaba el poder a algún santo del panteón judeo-cristiano, y en el colmo del éxtasis clerical hasta le encomendaban el país a los menores de edad: al niño Jesús de Praga o al Divino Niño. La estructura del Estado, por tanto, era débil y fragmentada, se debatía entre dos partidos políticos que daban la sensación de consenso.

Cuando no tenían un enemigo común que combatir, liberales y conservadores trataban sobre todo de excluirse mutuamente de los organismos del Estado, que ambos consideraban un botín a conquistar y un arma para anular al partido adversario, utilizando la magistratura, la policía y el ejército cada vez que alcanzaban el poder. Si los juzgaban oportuno, movilizaban al pueblo. En las ciudades y sobre todo en las zonas rurales los colombianos se dividieron, sin darse cuenta siquiera, en rojos (liberales) y azules (conservadores), acostumbrándose a matar y a morir en guerras cuya razón desconocían absolutamente (Piccoli, 2004:43).

En la arena internacional, las presiones sobre este Estado son muchas: la retardada salida de la debacle que produjo la crisis económica de 1929, unida a los grandes problemas a los cuales estaba abocado el país a raíz de la Segunda Guerra Mundial y la emergencia de los movimientos populistas en América Latina, teniendo entre los más emblemáticos a Juan Domingo Perón y su ascenso a la presidencia de la República Argentina. Tiempos en que aun la economía y la política tenían una buena sociedad. A propósito Daniel Pécaut, politólogo y colombiano francés, se refiere así al momento e imaginarios del líder asesinado:

...el gaitanismo es contemporáneo del peronismo. La coyuntura de la inmediata posguerra es, por lo demás, favorable a la aparición de movilizaciones populistas. Las tensiones sociales acumuladas durante la guerra y el deterioro de aquellos que estaban encargados de enfrentarlas contribuyeron a dicha aparición (Pécaut, 2001:63).

Más adelante, el mismo autor considera que la emergencia de dichos movimientos coinciden en su crítica a la oligarquía, a los partidos políticos y a la democracia liberal; igualmente, develan las diferencias entre pueblo y oligarquía, entre un país real y un país político e invita, entre otras cosas a superar las oposiciones entre el capital y el trabajo, como condición sine qua non para superar los grandes e ingentes problemas de la sociedad colombiana (63).

Los discursos conservador y clerical, argüido por los terratenientes y la iglesia católica; los discursos de los liberales propendiendo, unos por el desarrollo industrial y la modernización del país y otros apostándole al gamonalato; los discursos emanados de los políticos de provincia, haciendo gala y sacándole partido al aislamiento y la desidia del centro; el discurso centralista producido en la estructura del estado; los discursos venidos de ultramar con impositiva hegemonía política y económica de los Estados Unidos de Norteamérica, produjeron una cadena discursiva que iría a servir de marco conceptual y hoja de ruta para el ejercicio de la violencia como una práctica de exclusión por parte del Estado. Tanto el denominado Florero de Llorente como el asesinato de Gaitán en abril del 48, podría parecer, desde la semiótica aislante, coyunturas que por sí mismas se constituían en simples descripciones objetivas, sincrónicas, desubjetivadas y ahistóricas que generaron, dentro de su propia estructura, sistemas de reproducción de la violencia. En tal sentido, bajo esta estrategia, basada en un sistema de desconexiones solo se puede reconocer un país en el cual “La descripción inmanente procura por todos los medios reducir lo complejo a lo simple, lo heterogéneo a lo

homogéneo, la alteridad a la unidad, viendo en ello el único camino abierto para la racionalidad científica” (González de Ávila, 2002:51).

Sin embargo, lo que hay que leer, desde una semiótica crítica, es el proceso que se extiende por más de 150 años, hasta la Constitución de 1991, sin una carta de navegación acorde con los postulados de la sociedad liberal; natural diría un bardo colombiano y, tal vez, fue lo único memorable que escribió como pensando en Colombia: “Todo nos llega tarde, -hasta la muerte.” (Flórez, 2012:7); Una carta magna, La Constitución Política de Colombia de 1886, racista, excluyente y xenófoba; dos partidos políticos dominantes: liberal y conservador que, parafraseando a Gabriel García Márquez, solo se distinguen por que unos van a misa de 5 y a la de 8 los otros.

Así las cosas, es claro que las anteriores premisas nos dan una lectura distinta de la violencia, pues la violencia partidista no empieza ese 9 de abril del 48, contrariamente a lo que algunos aseguran, desde 1946- 1947 azota a varios departamentos. Solo en 1947 se cuentan ya 14 mil víctimas (Pécaut, 2001:70). Claro está que estamos hablando no del país de 46 millones de habitantes sino, para entonces, de alrededor de 20 millones, lo cual es una cifra altamente significativa. La historia mantiene su tendencia, el mismo Pécaut asegura que en “Colombia toda alternancia del poder genera violencia” (70).

El habernos detenido en la muerte del caudillo tiene como propósito evidenciar las rutas que sin ingenuidades nos conduzcan a la comprensión de unos procesos en los cuales la estrategia propuesta por una semiótica aislante queda rebasada por la estrategia de una semiótica crítica que nos ha permitido, con sus presupuestos, abordar una violencia como una isotopía que abarca tiempos discontinuos, que reconoce en la dialéctica la lucha de contrarios, la complejidad de confluencias discursivas y “la ubicación del objeto interpretado dentro del terreno de las prácticas significantes” (Hernández, 2013:21) en el marco de las relaciones sociales de producción y construcción permanente de sentido.

3. No es la muerte es el morir

La identificación de la muerte como nudo sémico aboca a la comprensión de su complejidad discursiva que va mostrando un tortuoso y asincrónico camino de enfrentamientos entre poderes que irían afinando una especie de polifonía estética de la violencia; una exacerbación de las formas donde la muerte sola no bastaba, sino el morir:

Hay unos *rituales del terror*, una liturgia y una solemnización de la muerte, que implican un aprendizaje de las artes de hacer sufrir. No sólo se mata sino que el cómo se mata obedece también a una lógica siniestra, a un cálculo del dolor y del terror. El despojo, la mutilación y la profanación de los cuerpos son una prolongación de la empresa de conquista, pillaje y devastación del territorio enemigo (Sánchez, 2004).

Las técnicas de tortura de las agencias internacionales de seguridad como la CIA, la antigua KGB o la MOSAD, apropiadas por el ejército colombiano durante décadas, le fueron dadas a un ejército convocado para hacerle el trabajo sucio al estado colombiano, para lo cual contrataron al judío israelí Jair Klein, quien entrenó, con esmero y los métodos más violentos, a cientos de niños

y jóvenes arrancados de las profundidades de los barrios y pueblos miserables para hacer parte de la cruzada emprendida por la máquina más asesina de que se tenga dato alguno en el país.

En su prólogo al libro *Silenciar la democracia*: Gonzalo Sánchez Gómez, cuenta que: “Entre 1982 y 1997, en los municipios de Remedios y Segovia, Nordeste Antioqueño, ocurrieron 14 masacres y centenares de asesinatos selectivos” (Sánchez, 2010:9). En esas dos masacres estuvieron involucrados prestigiosos políticos de la región, uno de ellos actuó como presidente del Senado de la República. En 30 años asesinaron alrededor de 1500 jueces de la República. En una de las primeras masacres, la de La Rochela, por ejemplo, en una alianza integrada por narcotraficantes, paramilitares, militares y policías, fueron asesinados 12 investigadores de la Fiscalía General de la Nación. A las anteriores, se agregan, las masacres de Nueva Venecia, en el Magdalena; Macayepo y el Salado en Bolívar, entre otros. Nadie ignora que los determinadores hacen parte de una política de estado para el exterminio de los disidentes.

Uno de los picos más altos de las prácticas violentas lo constituyó el genocidio sistemático cometido contra los miembros del partido político de izquierda UP (Unión Patriótica), eliminando más de 3000 de sus militantes. Entre ellos “dos candidatos presidenciales, Jaime Pardo Leal (1987) y Bernardo Jaramillo Ossa (1990), **ocho congresistas, 13 diputados regionales, 70 concejales y 11 alcaldes, mientras que muchos otros tuvieron que exiliarse en el exterior**” (El Espectador, 2013)

Sin duda alguna, la extensa y compleja red tejida en Colombia en el marco de la violencia y bajo los distintos métodos de abordaje de la misma solo nos colocan ad portas de verdades a medias. Son demasiadas las preguntas que saltan a la vista y muchas más las respuestas con finales abiertos que nos colocan a la vera de la incertidumbre. A propósito, Monseñor Germán Guzmán, en su investigación desarrollada con Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Camilo Torres Restrepo, entre otros, considera que:

En efecto, la nación carece de la noción exacta de lo que fue la violencia, ni la ha sopesado en toda su brutalidad aberrante, ni tiene indicios de su efecto disolvente sobre las estructuras, ni de su etiología, ni de su incidencia en la dinámica social, ni de su significado como fenómeno y mucho menos de su trascendencia en la psicología del conglomerado campesino; ni de las tensiones que creó, ni de la crisis moral que presupone, ni del enjuiciamiento que implica a los dirigentes de todo orden, ni del llamado que formula a una permanente, eficaz y serena meditación del problema que plantea. En parte se debe esto a que la bibliografía sobre la violencia ha echado por el atajo de la escueta enumeración de crímenes nefandos con inculpaciones partidistas o de la fácil casuística lugareña vertida en novelas que no han logrado todavía la total dimensión interpretativa del fenómeno (Guzmán, 2014:37).

4. Conclusión

El Estado colombiano, a lo largo de su historia republicana, instaló un discurso caracterizado por la exclusión y, en ocasiones, eliminación física de los ciudadanos adscritos a la nacionalidad y puestos en su periferia. En ese sentido, bajo dicha premisa, sectores representativos de la población han sufrido con mayor rigor los embates de una violencia que se incubó en unas élites que concibieron el poder a imagen y semejanza del ejercido por la madre patria y que se construye a partir

de la desujektivación del sujeto en la construcción de nación. A propósito, Cristina Rojas, considera que este es “un Estado en cuyos discursos fundacionales la exclusión de los indígenas, los negros y las mujeres fue radical. Y lo fue en la medida misma en que la diferencia era afirmada únicamente en su irreductible y negativa alteridad” (Martín Barbero, 2002:18).

En consonancia con lo anterior, se puede colegir que el ciudadano colombiano no solo ha sido sujeto de dominación sino que también en su condición de subordinado estructural ha incorporado a su mundo intrasubjetivo una especie de fantasma de doble dominación, pues él mismo se ha ubicado en la periferia de la ciudadanía.

En este marco, se puede determinar que su legitimación como ciudadanos en el espacio de la intersubjetividad no se produjo alrededor de los principios clásicos de la sociedad liberal; esto es, bajo el concepto de pluralidad. En su defecto, su carta de ciudadanía se adquiría, durante el periodo denominado Violencia en Colombia, en tanto la militancia en uno de los dos partidos. El carnet de afiliación a los partidos liberal o conservador, por ejemplo, poseía más valor de legitimación y reconocimiento social y político que la cedula de ciudadanía expedida por el estado.

Sin embargo, al tenor del proceso de exacerbación de la exclusión de las mayorías en el país, fueron surgiendo focos de resistencia, fundamentalmente en el área rural, los cuales crecieron de manera exponencial y sin dirección clara, llevándolos, en consecuencia, por rutas diversas. En todo caso, la respuesta a la violencia sistemática ejercida desde el poder de las élites fue de fragmentarios levantamientos armados de carácter violento inspirados en el deseo de salvaguardar la vida y que desembocó en guerrillas permeadas de cargas ideológicas que fueron construyendo sentido en la medida en que se aproximaron cada vez más a la comprensión de los nudos sémicos que constituían la esencia del poder. Decantados los distintos grupos y levantamientos armados, se consolidaron, ya en los años sesentas, las FARC y años después el EPL y el ELN. Los tres propendiendo por el derrocamiento del estado y la toma del poder en aras de la instauración de un estado socialista. Finalmente, hacia los años ochenta, el estado y los terratenientes lograron una alianza macabra que dio como resultante la aparición de los grupos paramilitares que llenaron de “ríos de sangre” la geografía nacional y produjeron un éxodo campesino de proporciones catastróficas.

Hoy, el agotamiento de los guerreros y la degradación de un conflicto que atañe a todas las partes: estado, militares, paramilitares, guerrilla, empresarios, la banca, terratenientes, campesinos y obreros, entre otros ; la indiscutible catástrofe de la economía mundial, la pobreza con que se mueve la política tras las fronteras nacionales (Baumant, 2007:11) y la presión internacional, la oportunidad de resolver de una vez por todas el problema de la tierra, entre otros factores, han obligado al gobierno nacional a emprender el tortuoso, necesario e inevitable camino de la negociación política entre el Estado y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, en la Habana, Cuba, lo que implica, para los colombianos, la primera y más seria oportunidad de soñar con la utopía de una paz que ni las viejas ni las nuevas generaciones conocemos y que, tal vez, nos resulte difícil por cuanto nos son extraños sus olores, sus sabores y las formas estéticas que resignificarán el mapa de un país, Colombia, y lo conducirán a un territorio con pliegues y opacidades.

5. Bibliografía

- Bauman, Sygmunt: Tiempos Líquidos. Ed. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- www.colombiaaprende: El grito de Independencia, 8/9/2014
- González del Río, Robinsón: www.caracol.com.co, 9/6/2014
- Casanovas Fuertes, Rafael, <http://impreso.elnuevodiario.com.ni/2008/07/08/opinion/80276>
- Pecaut, Daniel: Guerra contra la sociedad. Ed. Planeta, Colombia, 2001.
- Sánchez Gómez, Gonzalo: Silenciar la democracia. Ed. Taurus. Colombia, 2010.
- González de Ávila, Manuel: Semiótica crítica y crítica de la cultura. Ed. Antropos, Barcelona, 2010.
- Sierra, Álvaro: Desplazamiento en Colombia. Ed. www.semana.com, 2014/6/11
- Heidegger, Martin. Ser y tiempo Ed. Fondo de cultura económica. México, 2010.
- Flórez, Julio. Todo nos llega tarde. Ed. Universidad Externado. Colombia, 2012.
- Guzmán, Germán. La violencia en Colombia. Ed. Prisa, Colombia, 2014.
- Piccoli, Guido. El sistema del pájaro: Colombia laboratorio de Barbarie. Ed. Txalaparta. Italia, 2004.
- Hernández, Luis. HERMENÉUTICA Y SEMIOSIS EN LA RED INTERSUBJETIVA DE LA NOSTALGIA. Ed. Universidad de Los Andes, República Bolivariana de Venezuela, 2013.
- El Espectador. [union-patriotica-vuelve-actividad-politica-tras-su-exte-articulo-458362](http://www.elespectador.com/2013)
<http://www.elespectador.com/2013>.